

1

Hay compañías que cambian nuestra vida para siempre, amigos que traen cola, como el *golden retriever* que aguarda a Ingrid con un brillo de inquietud en sus ojos.

Al cerrar la puerta del sótano, un ligero temblor sacude su cuerpo que ha superado las siete décadas. No le gusta dejar atrás a su compañero de vida, aunque solo sea una noche.

Hace tres años que se acompañan y nunca se ha separado de él en un lugar extraño. De hecho, nunca antes habían viajado tan lejos.

Tras subir las escaleras, se dirige al coche de su hermano.

A ella tampoco le gustan los fuegos artificiales, pero el ambiente festivo siempre le ha levantado el

ánimo. Hubo un tiempo en que, cuando se sentía sola, disfrutaba contemplando las risas de los jóvenes el fin de semana, la música y los bailes en las celebraciones. Consideraba que el Año Nuevo chino siempre llegaba a tiempo, cuando la alegría y las luces de la Navidad se han apagado. En la desalentadora cuesta de enero, nada mejor que un dragón danzante.

Sin embargo, eso fue antes de que Roshi llegara a su vida.

Ingrid dirige una última mirada a la casa de su hermano antes de cerrar la puerta del copiloto con un suspiro. Luego el coche arranca.

La noche del 4 de julio hay gente y bullicio por todas partes. La multitud serpentea entre los puestos de comida y bebida. Una bandera estadounidense gigante ondea al lado de la carpa central, mientras luces de colores cuelgan sobre el césped, donde la gente espera, sentada o de pie, el comienzo del espectáculo. Cuesta imaginar una fiesta más espléndida que el Día de la Independencia.

La oscuridad reina más allá de los quioscos y de las banderolas que atraviesan en zigzag el parque, antes de que los fuegos artificiales tracen sus palmeras. La

pirotecnia oficial deja paso a las explosiones azarosas de los niños y adolescentes, que parecen dirigir sus petardos a los pies de los paseantes.

Un estallido cercano hace que Ingrid busque con la mirada a Roshi. Aliviada, enseguida recuerda que no está aquí con ella. Lo ha dejado en el sótano de su hermano, a quien hacía años que no visitaba. Se pregunta si su *golden retriever* estará a gusto en una casa desconocida.

Su hermano le da unos golpecitos en el hombro, como despertándola de un sueño.

—Voy a buscar bebida. ¿Te traigo algo? Ella niega con la cabeza.

Una mano cálida y pequeña toma su palma derecha.

—¿Te gusta, tía?

A sus pies está Eva, la nieta pequeña de su hermano, cubierta con un sombrero enorme que casi le tapa los ojos. Se levanta de puntillas para reclamar la atención de Ingrid, de la que siempre ha oído hablar, pero que hasta ahora no había podido conocer.

—Por supuesto, cariño, ¡es una celebración muy bonita! —le dice mientras aprieta su mano—. Estoy mal de la espalda y no puedo auparte como el abuelo

o papá, pero tal vez podamos encontrar una silla para que puedas ver mejor.

—Papá me ha prometido un *hot dog*. ¿Por qué tarda tanto? Y mamá hace mucho que ha ido al baño... ¿Le habrá pasado algo?

—Hay mucha cola, cielo. Tenemos que ser pacientes hasta que regresen...

«No puede ser más difícil cuidar de Eva que de Roshi», piensa.

—¡Estoy cansada! —grita la niña.

—Podemos sentarnos aquí mismo, ¿qué te parece?

Ingrid suelta la mano de Eva y saca de la mochila su viejo mantel de pícnic de cuadros verdes para extenderlo sobre el césped, que huele a quemado.

Ajena a los petardos que siguen estallando a su alrededor, Eva se mueve descalza y feliz sobre el mantel. Una vez en el centro, se inclina como una bailarina, tratando de mantener su cuerpo escuálido en equilibrio.

—¿Tú no quieres un *hot dog*, tía? Estoy segura de que a Roshi le encantaría... Por cierto, ¿por qué no está aquí?

—Se ha quedado en casa. Lo hemos tenido que

encerrar en el sótano para que esté seguro y tranquilo. Ya sabes... los fuegos artificiales no son para perros.

De pronto, una llamarada en el cielo llama su atención.

— ¡Mira, tía! ¡¿Ves eso?!

Justo encima de sus cabezas, un corazón formado por estrellas rojas explota majestuosamente sobre ellas, seguida de más silbidos y petardos.



La casa huele a polvo y humedad. Mi nariz recoge muchas capas de olores, nuevos y viejos. De algunos rastros no quedan más que lejanos retazos, y otros son tan intensos que me hacen estornudar, especialmente cuando olisqueo algo que se descompuso hace mucho tiempo en ese armario donde acabo de meter mi hocico.

Más allá de los olores, no tengo dudas de que la casa está vacía. Lo sé porque ladro y lloriqueo, pero solo me responde el silencio.

Cuando Ingrid se marchó dejándome solo, al oír el

rugido de su coche aullé como un lobo, pero no sirvió de nada.

Me siento y me rasco la oreja derecha.

Con tenacidad de sabueso, inspecciono todos los rincones del sótano. Dedico un buen rato a averiguar cómo funciona la puerta que da a las escaleras.

Es muy parecida a las de casa. Por eso me pongo de pie sobre ella, tratando de empujarla con las pezuñas.

Pero no se mueve.

Cuando me propongo algo, soy tozudo, así que investigo todas las formas posibles de salir. Finalmente, al pasar de nuevo por el centro de la pequeña sala, una brisa fresca me acaricia la nariz. Siento todo mi cuerpo en tensión.

Levanto la nariz como un radar, y muevo la cabeza de lado a lado, tratando de encontrar la fuente de aire puro.

Siguiendo la dirección de la brisa, mis patas me llevan hasta una ventana abierta por encima de una estrecha despensa. Está bastante alta, pero no veo otra forma de escapar.

Aúllo a la ventana para darme ánimos.

Tengo que saltar. Sin embargo, necesito apoyarme

en algo para impulsarme hacia la ventana. Está demasiado alta.

Sacudo mi pelaje dorado, pero no se me ocurre ninguna manera de superar la altura que me separa de la libertad y de mi querida Ingrid.

¿Por qué me habrá encerrado aquí? No he hecho nada malo que merezca un castigo... Ingrid nunca me había dejado solo en un lugar extraño. Hasta ahora.

¡Es muy diferente a quedarse en casa! Al menos allí sabría seguro que ella volverá. Aquí no.

¡Necesito salir a buscarla!

Observo de nuevo la despensa, y me muevo en pequeños círculos para encontrar algo que pueda ayudarme. Hay una mesa estrecha llena de botes de mermelada bajo la ventana. Es bastante alta, pero no hay otro camino.

Siempre me han gustado los juegos de agilidad. ¡Las carreras y saltos que Ingrid suele proponerme para mantenerme en forma por fin habrán valido la pena!

Al poner mis patas sobre la mesa, caen dos botes que se rompen ruidosamente contra el suelo. Da igual, ya no hay vuelta atrás.

Doy un brinco sobre la superficie despejada de la mesa y, con un segundo impulso, logro escabullirme por la ventana.

Al salir, mi lomo impacta contra la parte de arriba de la ventana. Me he hecho daño, pero ¡ya estoy libre!

Intento lamerme la herida, pero no puedo alcanzarla. Está en medio de mi lomo. A grandes males, grandes remedios: me lanzo al suelo y ruedo como una croqueta a un lado y a otro.

Me siento un poco mejor.

Cuando me levanto, sacudo mi cuerpo de la nariz a la cola. Luego vuelvo para olfatear desde fuera ese horrible agujero del que acabo de escapar.

Una mala noticia pronto acaba con mi alegría.

El coche, ese trasto ruidoso que nos trajo aquí hace unos días, ya no está frente a la casa. Por suerte, puedo captar su rastro, el camino por el que se ha alejado de esta casa solitaria. Lleva a la ciudad.

Es una pena que los olores no conduzcan al camino forestal por donde hemos paseado los últimos días, porque lo conozco como las almohadillas de mis patas.

No me queda más remedio que seguir mi nariz.

Avanzo un largo trecho por el borde de la carretera. Finalmente llego a las afueras de la ciudad, cerca de un parque. Puedo escuchar un riachuelo corriendo.

Busco el rastro de Ingrid, mientras trato de seguir a los peatones, que parecen saber cuándo cruzar la carretera.

Cuando atravieso la entrada del parque, por primera vez capto el olor de mi amiga. ¡Por fin tengo suerte!

Paso junto a una familia amigable con dos hijos que quieren acariciarme, pero los padres los frenan. Los humanos nunca saben si un perro es manso o no. Los sigo un rato, balanceando mi cola erguida al ritmo de sus pasos gráciles.

La familia se dirige hacia el olor de Ingrid.

Concentrado, no me altero por la muchedumbre que me rodea. Sé que Ingrid anda cerca, eso es lo único que cuenta.

Mientras avanzo como una sombra entre el flujo de gente, un gran logro para un perro de pelaje dorado, una enorme explosión retumba en el parque.

Aterrorizado, corro hasta un grupo de arbustos al borde del camino. Trato de identificar de dónde

viene el peligro, pero no puedo porque las explosiones ahora se multiplican por todas partes. Corro con todas mis fuerzas, chocando con varias personas en mi camino, lo cual me asusta aún más. Hasta que encuentro un hoyo rodeado de hierba alta.

Agazapado en la seguridad de este agujero donde apenas quepo, deseo que me trague la tierra. Gimo casi en silencio. Lo único que quiero es encontrar a Ingrid y volver a casa.

